

Edward J. Watts

# La decadencia y caída de Roma

La clave para entender  
el mundo de hoy



Galaxia Gutenberg

---

EDWARD J. WATTS

La decadencia y caída  
de Roma

La clave para entender  
el mundo de hoy

Traducción de  
Jesús Cuéllar

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original:  
*The Eternal Decline and Fall of Rome. The History of a Dangerous Idea*  
Traducción del inglés: Jesús Cuéllar

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2023

© Oxford University Press 2021  
© de la traducción: Jesús Cuéllar, 2023  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 39-2023  
ISBN: 978-84-19392-21-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

*Para Manasi, Nate y Zoe*

---

# Índice

Introducción. Una instantánea y una historia. . . . .	13
1. La decadencia en la República romana . . . . .	21
2. La República de la violencia y el Imperio de la paz. . . . .	33
3. La construcción de la edad de oro de Trajano . . . . .	49
4. Renovación sin decadencia: los Antoninos y los Severos . . . . .	61
5. Decadencia y falsa renovación: la crisis del siglo III . . . . .	77
6. Decadencia, renovación e invención del progreso cristiano . . . . .	93
7. Renovación romana frente a progreso cristiano. . . . .	107
8. Cuando la renovación no llega. . . . .	119
9. La pérdida de la Roma occidental y el futuro cristiano. . . . .	133
10. Justiniano, el progreso romano y la desaparición del Imperio romano de Occidente . . . . .	151
11. Roma, los árabes y la iconoclasia. . . . .	171
12. La antigua Roma, la nueva y la futura . . . . .	189
13. La contracción de un Imperio romano, el resurgir de otro . . . . .	207
14. Constantinopla tomada una y otra vez . . . . .	223
15. La caída de la Constantinopla romana y el fin de la renovación de Roma . . . . .	239
16. La renovación de Roma después de su caída . . . . .	253
17. Una idea peligrosa. . . . .	275
Conclusión. La decadencia y la caída de Roma en los Estados Unidos contemporáneos . . . . .	289
Agradecimientos . . . . .	299
Notas . . . . .	303
Índice onomástico y temático . . . . .	371



Mapa del Imperio romano durante su máxima extensión territorial en el siglo II a. C.



---

## INTRODUCCIÓN

### Una instantánea y una historia

El 20 de enero de 2017, en su discurso de toma de posesión, Donald Trump lanzó la apocalíptica visión de una «matanza en América», que tenía lugar en medio de la «pobreza en el interior de nuestras ciudades; de fábricas herrumbrosas diseminadas como lápidas por todo el paisaje de nuestro país» y un sistema educativo que se tambaleaba. Después cambió de tono. «A partir de hoy, una nueva visión regirá nuestra tierra», gritó Trump; todos los estadounidenses escucharían ahora las siguientes palabras:

Juntos devolveremos la fuerza a América.

Devolveremos la salud a América.

Devolveremos el orgullo a América.

Devolveremos la seguridad a América.

Y, sí, juntos, volveremos a hacer grande a América.

El discurso sobre la «matanza en América» se asienta en una arraigada tradición, que pretende desestabilizar el presente a base de fomentar la percepción de un declive generalizado.<sup>1</sup> Este tipo de argumentos tiene dos lados: en primer lugar, se afirma algo provocador, a saber, que la sociedad está empeorando en un momento concreto por una determinada razón; en segundo lugar, abre una vía para acceder a la recuperación, que consiste en reequilibrar la sociedad para abordar los problemas que se identifican. En el caso de Donald Trump, lo que ocasionaba la «matanza en América» era el desajuste de las prioridades en Estados Unidos, para lo cual era preciso una purga: conseguir que cualquier decisión sólo se tomara



en beneficio de los trabajadores estadounidenses.<sup>2</sup> De este modo, el argumento sobre la decadencia social se fundamenta principalmente en la necesidad de justificar las medidas que se creen adecuadas para la renovación.

Este enfoque no es exclusivo de Estados Unidos. En España, Vox, el partido liderado por Santiago Abascal, prometió «hacer España grande otra vez» a través de reformas concebidas para deshacer gran parte de las bases legales del Estado contemporáneo, cuyos líderes consideran que han erosionado la vitalidad española.<sup>3</sup> Sus «100 medidas para la España viva» ofrecían una serie de propuestas para intentar revocar las leyes de autonomía regionales y restringir el ejercicio de partidos políticos y asociaciones musulmanas a las que se acusa de terrorismo.<sup>4</sup> En Filipinas, el presidente Rodrigo Duterte respondió a la percepción de un incremento de la delincuencia y el consumo de drogas, tolerando (e incluso fomentando) más de 12.000 ejecuciones extrajudiciales.<sup>5</sup> Esta orgía homicida no ha hecho más que aumentar la popularidad de Duterte. Walden Bello, un destacado detractor del presidente, declaró a *The Atlantic*: «Yo no sé si las vidas [de los filipinos] han mejorado, pero la percepción es que así ha sido. Apoyan a Duterte porque tienen la sensación de que ha limpiado el país».<sup>6</sup>

Aquí Bello apunta a algo importante. Para describir la decadencia no se requieren demasiados datos fehacientes. Las descripciones son algo emocional, impulsadas por relatos en lugar de datos. Muchas de ellas no exigen más que un narrador convincente, y gente como Trump, Abascal y Duterte cuentan historias cautivadoras. En el mundo que crean sus discursos, los hechos importan menos que las emociones, y las emociones que generan estos hombres son realmente poderosas. Uno puede sentir la decadencia, aunque no pueda verla ni constatarla. Uno también puede sentir la renovación, aunque sea imaginaria.

Como estas proclamas de decadencia a menudo se fundamentan más en la emoción que en la evidencia, su poder depende, en gran medida, de cómo se relaten las historias en las que se basan. De hecho, en ocasiones, la decadencia no es más que una instantánea y una historia. El relato suele determinar qué significa la instantánea. Veamos un ejemplo revelador: en 1980, los jóvenes

trabajadores de Flint, en Míchigan, ganaron unos salarios un 20% más elevados que los de los jóvenes trabajadores de San Francisco. En 2013, estos ganaron casi un 60% más que sus colegas de Flint.<sup>7</sup> Esta instantánea puede abarcar varios relatos distintos. Puede hablar del declive de Flint, del ascenso de San Francisco o de ambas tendencias. Pero Flint se ha convertido en un símbolo de la decadencia postindustrial en Estados Unidos, al menos desde que se estrenó el documental *Roger y yo* que Michael Moore realizó en 1989, y la crisis que sufrió Flint por la contaminación del agua a finales de la década de 2010 no es más que la última y más escandalosa prueba de la lamentable situación de la ciudad. Mostrar que Flint fue en épocas recientes un lugar mejor que San Francisco para que los jóvenes iniciaran su carrera pone de relieve el rápido derrumbe de la localidad. Ese mismo dato también puede contar la historia del ascenso de San Francisco, pero este relato no tiene en modo alguno la misma fuerza. Nadie necesita cifras que comparen San Francisco y Flint para comprender cómo ha ascendido la primera ciudad; hay otras muchas maneras, y mejores, de contar esa historia. Esta comparación de cifras se ha convertido, por lo tanto, en otra herramienta más para contar la historia de la decadencia de Estados Unidos, no la del progreso o la resistencia del país.

Este libro no habla de la España o los Estados Unidos del siglo XXI. Se centra en Roma, el Estado que, a lo largo de la historia, más se ha identificado, y no sin razón, con la idea de decadencia. Durante más de 2.200 años la decadencia de Roma ha sido una fuente constante de debate para romanos y no romanos. Desde periodistas estadounidenses del siglo XXI hasta políticos romanos del siglo III a. C. han utilizado la decadencia de Roma como una herramienta para mostrar las consecuencias negativas de los cambios acontecidos en su mundo. Como la historia de Roma es muy larga, proporciona un bufet de historias precocinadas sobre decadencia que pueden contribuir a dotar de contexto cualquier instantánea. De hecho, Roma entró en decadencia y, al final, cayó. Un Imperio que en su día controló de manera parcial o total más de cuarenta países europeos, asiáticos y africanos de la actualidad, ya no existe. Al final, la realidad dio la razón a quienes en Roma profetizaban la

decadencia, algo que les otorga aún mayor importancia para quienes hoy los invocan.

A lo largo de los siglos se dijo, con frecuencia, que Roma estaba en decadencia, pero los pormenores de esa afirmación cambiaron dramáticamente con el tiempo. A comienzos del siglo II a. C., el político romano Catón el Viejo pronunció encendidas soflamas en las que achacaba la decadencia moral de Roma a los bienes suntuarios y a los maestros griegos. Mil setecientos años después, los rétores que hablaban griego en Constantinopla elogiaron al emperador romano cristiano Manuel II Paleólogo por revertir el declive militar romano de la década de 1300 gracias a sus inspiradas políticas. Resulta inimaginable que cualquier romano deslumbrado por la retórica antigriega de Catón en el siglo II a. C. hubiera podido comprender la decadencia romana que revirtió Manuel Paleólogo. No sólo unas y otras afirmaciones son incomprensibles, sino que una se había dicho en latín y la otra en griego. El griego, que según Catón degradaría la virtud romana, se convirtió en la lengua en la que se expresarían posteriormente las proclamas de renovación romana.

Los romanos ambiciosos a menudo inventaron historias de decadencia para poder incrementar su propio poder mediante la destrucción de las condiciones del momento. Y a menudo lo conseguían, pero la destrucción que provocaron tuvo consecuencias patentes. Los políticos que decían que estaban reconstruyendo Roma pisoteaban los derechos, las propiedades y las vidas de aquellos a quienes acusaron de impedir la recuperación de la ciudad. Los discursos romanos de decadencia y renovación dejaron un reguero de víctimas a lo largo de la historia del Imperio.

He escrito este libro para explicar cómo esta narrativa común y aparentemente inocua de la decadencia romana puede resultar tan destructiva. Todo aquel que conozca, aunque sea de forma superficial, la historia o la literatura romanas es consciente de lo extendido que está este relato. Nadie ha reunido las historias de quienes divulgaron dichos relatos sobre la decadencia de Roma y propagaron su renovación. Esto es lo que pretende este libro.

No se trata de una historia exhaustiva del ascenso de la República, ni de la decadencia y caída del Imperio romano, ni tampoco de las ideas actuales sobre Roma. Cada capítulo proporciona

el contexto histórico necesario para comprender un determinado momento, o una serie de momentos, en los que romanos, aspirantes a serlo, y no romanos utilizaron ideas de decadencia y recuperación de Roma para rehacer el mundo que los rodeaba. La historia comienza en la República romana, inmediatamente después del año 200 a. C. Recorre luego el Imperio de Augusto y sus sucesores, describe cómo Roma perdió gran parte de Europa occidental durante el siglo V y, a continuación, cómo sigue esa historia de Roma que continuó en el Imperio romano de Oriente (que mucha gente ahora llama Bizancio), hasta su caída en 1453. Los últimos capítulos analizan cómo las concepciones de decadencia y renovación romanas han evolucionado en Europa occidental desde el siglo XV hasta la actualidad.

Roma pone en evidencia que mientras las profecías de la decadencia y las prescripciones para la restauración pueden parecer un alegato inútil, también pueden provocar cambios profundos y sustanciales en una sociedad y en su vida política. Dicho alegato puede justificar el ascenso de nuevos líderes y el derrocamiento de antiguos regímenes, puede tumbar costumbres existentes al redefinir la innovación radical como la defensa de la tradición. Y sobre todo, puede producir víctimas. Los romanos sabían el poder que tenían esas ideas, pero siguieron haciendo uso de ellas.

No obstante, no todos lo hicieron. Durante largos periodos de su historia, los romanos contaron relatos de su sociedad en los que esta avanzaba o se renovaba sin socavar las condiciones del presente. En el siglo II y principios del III, los romanos solían hablar de la restauración, tanto de edificios y ciudades como de la estabilidad política, sin culpar a nadie de su declive. Había que restaurar los edificios porque habían envejecido. Había que reconstruir las ciudades porque los desastres naturales las habían dañado. Había que revitalizar las tradiciones cívicas porque, con el paso del tiempo, la gente había perdido interés en ellas. Era preciso ahuyentar y castigar a los invasores externos.

Era necesario abordar urgentemente todos estos problemas reales, pero, en esos momentos, los romanos no utilizaron esa necesidad de renovación para atacarse entre sí. Una sociedad que funciona repara lo que se rompe o desgasta, se defiende de las invasiones

y reacciona ante las derrotas militares. Esas respuestas, renovaciones y restauraciones no tienen por qué ser destructivas. Durante el siglo II y principios del III fueron a menudo positivas. De modo que los restauradores de Roma tenían colaboradores, no víctimas. No derribaron la sociedad romana. Fortalecieron su salud y vitalidad. Si Roma evidencia el gran peligro que significa señalar a otros romanos que supuestamente causaron el declive, también demuestra el potencial rehabilitador de una retórica centrada en una restauración colaborativa cuando llega realmente la decadencia.

Escribo esto en abril de 2020, mientras el mundo se tambalea por la epidemia de COVID-19. En este momento, un ejemplo romano parece especialmente relevante. En el año 165 d. C. la viruela llegó al Imperio. Aterró y sobrecogió a una población que, a diferencia de la nuestra, estaba en permanente contacto con la muerte a causa de las enfermedades infecciosas. Las víctimas de la viruela padecían fiebre, escalofríos, trastornos estomacales y diarrea, sus heces pasaban del color rojo al negro en el curso de una semana, y horribles pústulas oscuras les cubrían el cuerpo, por dentro y por fuera, hasta que sus costras acababan convirtiéndose en cicatrices que las desfiguraban. Es posible que el 10 por ciento de los 75 millones de habitantes del Imperio romano no llegara a recuperarse. «Como si fuera una fiera —escribió un contemporáneo—, la enfermedad no sólo destruyó a unas pocas personas, sino que se extendió por ciudades enteras y las destruyó por completo».<sup>8</sup>

La llamada peste antonina acabó con la vida de tantos soldados que se suspendieron las ofensivas militares. Diezmó hasta tal punto a la aristocracia que las asambleas locales apenas podían reunirse, no se cubrían las magistraturas y las organizaciones cívicas fracasaron por falta de miembros. Entre el campesinado, la peste causó tantos estragos que las granjas abandonadas y los pueblos despojados podían verse desde Egipto hasta Germania.<sup>9</sup>

Las cicatrices psicológicas que dejó la peste fueron todavía más profundas. El orador Elio Arístides sobrevivió por poco a la enfermedad durante su primer paso por el Imperio en la década del 160.<sup>10</sup> Estaba convencido de que había sobrevivido porque los dioses decidieron llevarse a otro en su lugar, un joven al que Arístides pudo incluso identificar. El sentimiento de culpa del

superviviente no es un concepto moderno, y en el Imperio romano de finales del siglo II debió de ser algo muy extendido.

Esta adversidad podría haber sido una circunstancia para centrarse en la decadencia de Roma, identificar a los culpables y achacar a otros el sufrimiento. Así lo hicieron los romanos en otros periodos de su historia, por ejemplo, durante otra plaga que asoló el Imperio a mediados del siglo III. Sin embargo, no fue esta la respuesta generalizada en las décadas del 160 y del 170. Como reacción a la muerte de tantos soldados, el emperador Marco Aurelio reclutó esclavos y gladiadores para abastecer las legiones. Llenó las granjas abandonadas y las ciudades despobladas con emigrantes, a los que invitó a venir de fuera del Imperio para que se asentaran dentro de sus límites. Reemplazó a los aristócratas en las ciudades que habían perdido un gran número de ellos, llegando incluso a cubrir las vacantes en sus asambleas con hijos de esclavos libertos. El Imperio se mantuvo a flote a pesar de unas muertes y un terror de una magnitud que ninguna persona viva hasta el momento había conocido jamás.<sup>11</sup>

La reacción ante la peste antonina que tuvo el historiador romano Dion Casio demuestra que, aun cuando se hable de las catástrofes más graves, puede optarse por no utilizar ideas concernientes a la decadencia. Dion Casio vivió la peste de las décadas de los años 160 y 170, pero también vio cómo Roma se recuperaba de ella.<sup>12</sup> Esta resistencia de Roma lo indujo a calificar el Imperio de Marco Aurelio de «reino dorado», que se mantenía admirablemente «en medio de extraordinarias dificultades». <sup>13</sup> Roma sobrevivió a la peste. Sus comunidades se reconstruyeron. Prácticamente todas las instantáneas que se hubieran podido ofrecer de la epidemia de viruela romana habrían sido horribles. Sin embargo, incluso en esas circunstancias, estas podrían utilizarse para contar una historia que proclamaba las buenas cualidades de una sociedad dinámica.

A lo largo de este libro, es importante recordar que los profetas romanos de la decadencia decidieron contar esa historia de una determinada manera. Algunos de ellos, como Marco Aurelio, reaccionaron inmediatamente a las crisis, de tal modo que fortalecieron Roma, robusteciendo los vínculos entre los súbditos imperiales. Otros romanos hablaban de la decadencia con la intención de

dividir a la sociedad. Tuvieron la opción de obrar como Marco Aurelio, pero no lo hicieron.

El pasado no sirve para predecir el futuro, pero sí puede mostrar las peligrosas consecuencias de ciertas formas de pensar y comportarse. Yo tengo la esperanza de que podamos utilizar el ejemplo de Roma para pensar de manera más responsable sobre cómo abordamos los desafíos de nuestro mundo cambiante y qué respuestas les damos. Quizá entonces podamos elaborar un relato diferente que, más que sembrar la división, fomente la cohesión ante todos los graves desafíos sociales, económicos y personales que ahora tenemos por delante.